



Subjetividad y realidad social

Hugo Zemelman Merino

La contradicción que se plantea entre individuo y sociedad puede cuestionarse cuando no contribuye a estimular las potencialidades de los individuos. Pero no se avanza nada en la superación de esta contradicción si uno se limita a formular advertencias relativas a que el hombre no puede quedar supeditado al desarrollo de las estructuras sociales; asimismo, cuando se argumenta que no tiene sentido hablar de las potencialidades del individuo si todavía no se han logrado las condiciones estructurales de una equidad básica. La cuestión central consiste en que el plano de satisfacción de las necesidades del individuo reconoce un ámbito con límites dinámicos: lo que en un momento aparece como la liberación del hombre, un momento posterior se define como insatisfactorio y limitante para su pleno desarrollo.

Si bien es verdad que no tiene sentido satisfacer las necesidades no materiales en una situación de pauperismo de la población, tampoco lo tiene restringirse a las necesidades básicas partiendo del presupuesto de que lo demás llega por sí solo como producto fatal de haberse resuelto exitosamente el problema de aquellas. Debemos tener claro que la vida del hombre se despliega en campos cada vez más amplios y ricos en nuevas esperanzas, lo que contribuye a que el "ser" del hombre conlleve una constante ampliación de sus horizontes de vida, pues lo que ayer no era valorado, e incluso se desconocía, más tarde se convierte en una exigencia valórica de primera importancia.

Esta transformación que experimenta el contenido del mundo real como vivencia de cada hombre, exige que se reflexione sobre esta dialéctica entre lo subjetivo y privativo del hombre y lo que es externo pero que representa la realidad que puede conquistar. De lo que se trata es de no hacer un planteamiento dualista entre individuo y sociedad, ni menos de privilegiar al hombre como individuo o a la sociedad como un todo, sino de encontrar los canales mediante los cuales el hombre se enriquece como individualista de su experiencia social, a la vez que la sociedad se alimenta de la capacidad de los hombres para asumir la condición de sujetos protagónicos.



La contradicción entre la sociedad e individuo obedece a la circunstancia de que este es producto de ciertas condiciones sociales que, como tales, no agotan sus propias posibilidades. Para alcanzar su especificidad, el individuo debe negarse como producto social. O sea que, para ser sujeto, y no mera circunstancia, el hombre debe conquistar su libertad en el marco del desarrollo histórico. Pero esta libertad contiene la tensión de ser, simultáneamente, un producto histórico (la libertad es siempre concreta) y una fuerza que transforma (o tiende a transformar) las condiciones históricas en una subjetividad que las trasciende. En este sentido, la historicidad de lo social constituye una negación de la individualidad, mientras que esta, en tanto conciencia y vivencia, representa una potencialidad de historia. La individualidad es negada por la historia en la medida en que la sustituye como sujeto, pero, a la vez, es una potencia en tanto los sujetos sociales de la historia son potenciados por el desarrollo de las individualidades que los componen. Esta es una relación dialéctica que constituye el fondo mismo en el cual debe hacerse la reflexión sobre la historicidad de lo individual y la subjetividad de la historia concebida como apropiación de lo social total.

Desde esta perspectiva, historicidad y subjetividad conforman la realidad como un proyecto de vida social en el que pueden distinguirse dos dimensiones: la totalidad de la sociedad que se desarrolla con su propio ritmo, y su aprobación por parte de los sujetos, lo que se traduce en cierta direccionalidad del desenvolvimiento de la sociedad. Por lo tanto, cuando se habla de desarrollo (social y humano) significa que la sociedad asume una forma de organización que está abierta a la posibilidad de transformarse en objeto de apropiación por parte de la subjetividad individual; en consecuencia, el desarrollo de la sociedad consiste no solamente en generar nuevas y mejores condiciones de vida y reproducción del hombre, sino además, en mayores aperturas que faciliten que lo social pueda enriquecerse de la subjetividad individual y social.

Por ello, el desarrollo no puede consistir exclusivamente en niveles de vida, sino en capacidad de vida; no solo en acceso a una mayor cantidad de satisfactores de la más variada diversidad, sino en creación de satisfactores de conformidad con una lógica de ensanchamiento de la subjetividad que exprese la potencialidad del sujeto individual, en vez de restringirse a la lógica de la reproducción material. Como lo han mostrado los análisis de Bahro, el desafío está en lograr una organización que liquide "aquellas condiciones que, en vez de hombres libres, engendran individuos subalternos, una especie de hormigas pensantes";¹ lo cual es producto de que toda "relación de poder" produce subalternidad, "que es un verdadero sistema de subalternidad" que termina por generar "un sistema de irresponsabilidad organizada".² El desarrollo no solo ha de consistir en el logro de



1 Rudolf, Bahro. *Por un comunismo democrático*. Barcelona. Fontamara, 1981, p. 33

2 Ibid., p. 34

determinadas metas, sino en la capacidad de definir opciones de vida; aunque ello no signifique negar que en la determinación de opciones incide la lógica de las estructuras sociales, en tanto determinadas por el poder y sus requerimientos de mantenimiento y consolidación.

El desarrollo humano consiste en la constante ampliación de la subjetividad como fuerza modeladora de la sociedad. Para poder armonizarlo con el desarrollo social exige que se pueda organizar a la sociedad con base en relaciones sociales que no impliquen dominación económica ni política, a pesar de que sabemos que en toda sociedad ha sido la división del trabajo la que ha servido de fundamento para estructurar la dominación. La pretensión de hablar de un desarrollo humano plantea la tarea de generar una división del trabajo que no sea base de ninguna relación de dominación, lo cual supone entrar en un terreno no transitado por la historia y obliga a una reflexión histórica sin apoyo en ningún pasado.

El problema de la posibilidad de organizar una división del trabajo que no entrañe diferenciaciones de poder se ha trasladado desde el plano de la utopía hasta el de la historia con las experiencias del "socialismo real", expresión de una organización social que termina por confundirse con un estatismo creciente cuya legitimación "no provendría de la representación o delegación, sino del cumplimiento eficaz de su tarea como *agens morens* de la industrialización";³ en el Socialismo de Estado denunciado por Pannekoek en los años cuarenta, "el Estado como empleador universal dueño de todo el aparato de producción,"⁴ que lleva a que esa experiencia no pueda rescatar al individuo y todas sus posibilidades de construcción. Como observó Rosa Luxemburgo, "si se asfixia la vida política en todo un país □....□ la vida se disipa en todas las instituciones públicas, vegeta; y la burocracia se convierte en el único elemento activo".⁵ Por lo tanto, puede afirmarse que la vieja idea marxista de que el desarrollo de cada uno sea la condición para el desarrollo de todos, y que el desarrollo de todos sea la condición para el desarrollo de cada uno, aún no se ha alcanzado y constituye la gran utopía pendiente.

La capacidad subjetiva de apropiación de lo real que está en constante expansión, sin sujeción a la lógica contrapuesta del poder, define la real humanidad del cambio en las estructuras del trabajo; pero esta capacidad no se ha ensanchando, quizás por ser todavía embrión de aquella forma superior de organización social en la que esta posibilidad sea ya una realidad. En las sociedades sometidas a relaciones de dominación se aprecia que las potencialidades del

3 Enrie Tello. "El Socialismo Irreal", en "Mientras tanto". Núm. 10 Barcelona, p. 93

4 Ibid, p. 110

5 Ibid, p. 96



hombre están agotadas, ya que enfatizan la dimensión política unilateral en vez de rescatar y estimular en el sujeto transformador de la realidad su capacidad integrada para forjar proyectos de vida en los que la política devenga en historia hecha conciencia y presente.

Se trata de tornar vigente la vieja afirmación de Kautsky de rescatar la voluntad de vivir y la conciencia del hombre, pues, aunque "la voluntad de vivir no depende de la conciencia", la conciencia determina "las formas de la voluntad de vivir en cada caso especial"; ya que si, además del instinto, "la conciencia dirige la voluntad y que la forma de la voluntad depende de la manera como la conciencia conoce las condiciones de existencia y de la profundidad de este conocimiento", si previamente hubiera que "despertar su voluntad (del hombre) □.....□ todos nuestros esfuerzos serían prodigados con pura pérdida".⁶

El desarrollo social contradice el desarrollo del hombre cuando la división del trabajo involucra relaciones de dominación, pues en ese contexto el trabajo deja de ser una expresión de las potencias del hombre para reducirse a una función mediante cuyo cumplimiento se materializa la inserción del individuo en la sociedad. Pero, ¿cuáles otras opciones pueden darse para establecer la relación con lo social?

La respuesta a esta pregunta carece de antecedentes. Históricamente, el trabajo ha resultado ser la relación básica necesaria para caracterizar los diferentes modos de interacción social entre los hombres, de tal forma que cualquier otra relación se debe descartar por no corresponder a la realidad del desarrollo de la sociedad. No obstante, el predominio del trabajo como fenómeno y como categoría de análisis ha tendido a confundirse. La aceptación de la idea de que el trabajo ha sido un fenómeno determinante para el funcionamiento de la sociedad no significa que tenga que aceptarse su omnipotencia como categoría de análisis. El trabajo, como modo de inserción del individuo en el sistema de producción, no agota el complejo mundo de las relaciones sociales del hombre, ya que no se puede pretender agotar la comprensión del hombre reduciéndola únicamente al plano de sus determinantes estructurales.

El hombre es el "conjunto de sus relaciones de producción", pero también es conciencia (no importa si esta se explica como reflejo del "ser social"), conciencia que nos enfrenta al problema de los diferentes planos en que actúa el hombre como sujeto. No podemos olvidar que la división del trabajo "crea la base principal de la subalternidad en la medida en que excluye al pueblo de manera variada pero siempre definitiva y decisivamente de funciones omniabarcadoras y de la formación de la voluntad general".⁷



6 Karl, Kautsky. *El camino del poder*. México, Grijalbo Colección 76. 1986, p. 48

7 R. Bahro, op. cit., p. 36

La acepción del hombre como el conjunto de sus relaciones de producción entronca con la idea del hombre histórico-social, cuya evolución es concomitante con la de la sociedad. Pero el hombre como conciencia remite a la idea de sujeto actuante en momentos concretos del devenir histórico. La conciencia como visión del propio ser social y de sus horizontes de acciones posibles transforma al hombre histórico en sujeto. El sujeto encarna a la historia transformada en voluntad de acción que no se restringe a los límites de la praxis-trabajo, en la medida en que involucra a todas las esferas de la realidad mediatizadas respecto del trabajo, lo que plantea trascender en su unidimensionalidad.

La voluntad de acción encarna una subjetividad en proceso de ampliación conforme se enriquece la capacidad de apropiación de lo real, y, por lo mismo, se produce una ampliación de la propia conciencia del sujeto. Pero esta lógica de la conciencia no opera fluidamente, pues la ampliación de la subjetividad tropieza con obstáculos provenientes de la estructura social que impiden que la conciencia transforme al hombre histórico-social en sujeto; de ahí que la historia tienda a devenir en voluntad de acción pero identificada con el poder dominante.

A este respecto se ha señalado que la alineación resultante de la tecnología moderna y de la organización industrial del trabajo impide que, por lo menos partiendo de la situación de trabajo, se desarrolle esta conciencia. Ocurre lo mismo con la manipulación masiva propia de los medios de comunicación, todo lo cual obliga a reflexionar sobre cuál sería el plano de la sociedad donde se pueda conjugar objetivamente la condición de hombre histórico y de sujeto. Esto es entre las condiciones estructurales que conforman la esencia social del individuo y su capacidad reactiva consciente; entre el ser integrante de una clase y su condición de protagonista o sujeto activador de aquella. Proceso que nos remite necesariamente a la función de estandarización cultural de la técnica, y, por lo mismo, de la subjetividad individual, de manera que cada vez más esta deja de tener una capacidad reactiva singular.

Como ha afirmado Mumford, en relación con la invención de la fotografía: "□.....□ llegó a su apogeo el proceso de despersonalización...□ pues □ con el perfeccionamiento de un método mecánico, se democratizó la toma de imágenes por un mero registro de sensaciones".⁸ Sin embargo, lo verdaderamente relevante, desde el punto de vista de la vida, es cómo se acelera con el progreso técnico el proceso de integración cultural y personal de manera tal que, como afirma este autor, la "única forma de orden y de interrelación consiste en adaptarse a las organizaciones y mecanismos automáticos que gobiernan en verdad nuestra existencia cotidiana", perdiéndose "la capacidad esencial de que las personas se gobiernen a sí mismas, la libertad de tomar decisiones, de decir sí o no en términos de nuestras propias finalidades".⁹ Todo lo cual tiene lugar con

8 Lewis, Mumford. *Arte y técnica*. Buenos Aires. Nueva Visión, 1957, p. 70.

9 Ibid., p. 70



el agravante de que la lógica de la técnica, "a diferencia de la sencilla artesanía, no reconoce límites en nada".¹⁰ Contrariamente, la técnica se caracteriza por la constante trasgresión de los límites, con el resultado de que el hombre se transforma, como señala García Bacca, más que en un ser racional, en un "explosivo de la realidad, (de manera que) tal es su definitivo y definiente uso, el uso que el hombre ha hecho de su definición natural, de su ser".¹¹

Conjugar ambas dimensiones del hombre, ser histórico y sujeto, exige plantear formas de organización social que resuelvan, tanto la disociación entre trabajo y el resto de la vida social, como la oposición entre ser individual-histórico y ser social-histórico. Efectivamente, las distorsiones alienantes del lugar de trabajo no pueden compensarse exclusivamente con mecanismos propios del lugar donde se vive en el caso del obrero y del trabajador urbano en general, o en la población rural, romper su localismo sometiéndola a una información más global. Se requiere de desarrollos teóricos en esta dirección para poder formular alternativas de organización. Intentemos por lo menos fijar algunas ideas.

Se puede formular el problema en términos de estimulación del protagonismo del hombre (en general de la población) con base en una relación de autonomía respecto del Estado, mediante una forma de organización social que llamaremos de movilización social. La característica básica de esta forma de organización consiste en que su contenido está conformado por las exigencias y propósitos de los individuos (ya sea que estén definidos como proyectos de vida o no), en vez de estar reducido a la consecución de metas superimpuestas por el poder dominante en el ámbito nacional. No se trata, por supuesto, de ignorar la lógica de funcionamiento social que impone la estructura de poder; más bien lo que se pretende es reivindicar un movimiento de base capaz de enriquecer la definición de fines tácticos y estratégicos para la sociedad nacional.

De otra parte, tampoco se debe confundir esta idea con una romántica y anacrónica reivindicación de la comunidad, o de la sociedad de tamaño pequeño, en la que predominen las relaciones *vis-à-vis* primarias en sustitución de las distanciadoras y deshumanizadoras relaciones secundarias. No tiene sentido diseñar "contratendencias", utopistas para procesos cuya inexorabilidad obliga a un pensamiento realista.

Pensamos en procesos como los que analizara Wallerstein¹² cuando afirma que, en el capitalismo, como economía-mundo, "los factores económicos operan en el seno de una arena mayor de la que cualquier entidad política puede controlar totalmente".¹³ Ya que "una economía mundo capitalista recompensa esencial-



10 J.D. García Bacca. *Elogio de la técnica*. Barcelona. Anthropos. 1987, p. 126.

11 Ibid., p. 147.

12 Emmanuel Wallerstein. *El moderno sistema mundial*. Vol. I México, Siglo XXI, 1987.

13 Ibid., p. 491

mente el capital acumulado, incluyendo el capital humano, en mayor medida que la fuerza de trabajo en crudo, de manera que la mala distribución geográfica de estas cualificaciones "ocupacionales" posee una fuerte tendencia hacia su automantenimiento. Situación que se agudiza porque "las fuerzas del mercado la refuerzan en vez de minarla", en un contexto en que "la ausencia de un mecanismo político central en la economía-mundo hace muy difícil la introducción de fuerzas capaces de contrarrestar la mala distribución de los beneficios".¹⁴

Lo que está planteado es una remodelación de las relaciones entre sociedad y Estado desde la base de sus procesos estructuradores. No se persigue determinar las regulaciones que rigen a estos últimos, sino definir el modo de construirlos, su constructividad misma, partiendo del fundamento proporcionado por los microdinamismos. El Estado, como estructura institucionalizada de centros de decisión y la sociedad como el ámbito en el que se despliegan las prácticas sociales de los diferentes grupos sociales (con sus consiguientes relaciones de carácter político, económico, cultural), deben ser reexaminados desde la perspectiva del movimiento propio de su constitución. No como productos históricos, o como armazones, sino como espacios de diseño posible donde se realizan o frustran los distintos sujetos sociales e individuales. El reexamen propuesto implica entender al Estado como un proceso de creación del mismo Estado y a la sociedad como la transformación del hombre histórico-social en sujeto y, a la inversa, del sujeto en hombre-histórico.

Los planteamientos anteriores se preocupan por resolver la distinción entre lo que es estar históricamente determinado y cómo se es en esa misma determinación como individuo; en otras palabras, cómo el individuo se abre hacia lo que lo determina, pero, a la vez, cómo se relaciona con estas determinaciones en términos de su aprobación. A este respecto, cabe mencionar que los enfoques del individualismo metodológico, por ejemplo, la teoría de la movilización de recursos, a pesar de buscar el rescate del individuo, soslayan esta dialéctica en tanto no resuelve la constitución de lo individual desde lo macro, ya que enfatiza unilateralmente la constitución de lo macro desde lo individual, aun estando orientada al esclarecimiento de la lógica de la acción colectiva.¹⁵ Evade lo que llamaríamos subjetividad constituyente, que, en el caso de esta teoría se reconstruye a partir, estrictamente, de la lógica de las acciones individuales cuando se centra en los tipos de sujetos que conforman las organizaciones de los movimientos sociales.¹⁶ No obstante, se pueden observar puntos de relación

14 Ibid., p.493

15 Mancur Olson, *The Logic of Collective Action Public Goods and the Theory of Groups*, Harvard University Press, 1965.

16 John McCarthy, Zald Mayer, "Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory", en *American Journal of Sociology*, num. 82, 1977; Zald Mayer, "Looking Backward to Look Forward Reflections on the Past and the Future of the Resource Mobilization Research Program", en Morris Aldom y Carol McClurg (comps.), *Frontiers in social movements theory*, New Haven. Connecticut, Yale University Press, 1992.



cuando se constata que la acción colectiva es una construcción social, no un producto natural.¹⁷

El punto de relación y de separación de los enfoques se encuentra en la dialéctica de las preferencias del individuo que influyen en sus acciones; pues si las decisiones y elecciones son función de estas preferencias, y estas preferencias están históricamente determinadas, no puede entenderse sino a partir de la manera en que el individuo está mediado históricamente por su modo de articulación con el colectivo. En este sentido, la idea del movimiento molecular permite un análisis equilibrado conforme incluye la relación individuo-colectivo en ambas direcciones sin privilegiar a ninguna.

Cabe ahora recordar el análisis que del surgimiento de la economía-mundo, en el siglo XVI, lleva a cabo Wallerstein cuando menciona las distintas alternativas que tuvieron las burguesías europeas para cimentar su desenvolvimiento. Señala a las "burguesías que tomaron conciencia, pero dentro de los límites de una nación-Estado", pero agrega: "□....□ claramente esta no era la única posibilidad. Podrían haber tomado conciencia de sí mismas como una clase mundial. Entre estos grupos menciona a las comunidades de banqueros-comerciantes internacionales. En el apogeo de Carlos V eran muchos en los Países Bajos, en el sur de Alemania, en el norte de Italia □....□ que ligaban sus esperanzas a las aspiraciones imperiales de los Habsburgos"; pero con el fracaso del imperio, las burguesías de Europa "se dieron cuenta de que su futuro social y económico estaba ligado a los Estados del Centro".¹⁸

Lo anterior es un claro ejemplo de estos procedimientos estructuradores y de los esfuerzos de construcción social de los sujetos sociales en los que operan, tanto macrodinamismos, como dinamismos expresivos micrológicos de la realidad. Es lo que pasa hoy en día con las burguesías latinoamericanas que han encontrado aparentemente una alternativa para la construcción de su orden político en el marco de una integración económica, y que, a semejanza de los cultivadores capitalistas de la periferia, que estudiara Wallerstein, sacrifican "de buena gana las raíces culturales locales a cambio de la participación en culturas mundiales".¹⁹

El proceso de creación del Estado se refiere al forjamiento de las instancias de definición de alternativas de acción, de manera que no haya que restringirse a la estructura institucionalizada y al uso que de ella puedan hacer, según sus intereses, los diferentes sujetos sociales a través de sus representantes políticos. La



17 Michel Grozier y Erhard Friedberg. *El actor y el sistema. Las restricciones de la acción colectiva*, México, Patria. 1977.

18 Op. cit., p. 496

19 Idem.

sociedad, por su parte, como el ámbito de despliegue de las prácticas sociales, se refiere a la capacidad de iniciativas de los distintos grupos para expresarse en múltiples tipos de prácticas, de acuerdo con su contenido y grado de organización, mediante las cuales contribuyen a asegurar su reproducción social e ideológica, así como a determinar relaciones de dominación o equilibrio con los otros grupos sociales.

Por su énfasis en la perspectiva reconstructiva de su movimiento (como es la creación de instancias de decisión y el proceso de definición de alternativas y la capacidad para desplegar prácticas sociales), este modo de conceptualizar las relaciones Estado-Sociedad se vincula con lo que llamamos organización de la movilización social, la cual debe conjugar al hombre como histórico-social y como sujeto.

Si examinamos con atención la conceptualización expuesta, podemos concluir que, tanto la creación de instancias de decisión, como en el sentido más genérico, el despliegue de iniciativas de prácticas sociales tienen lugar en determinados planos de la realidad social: aquellos donde, en virtud de darse una simbiosis de lo histórico y lo individual, no se puede separar la condición de ser histórico y la de sujeto con conciencia; donde el hombre asume en su acción sus determinadas más generales sin perder la capacidad de reaccionar como sujeto individual.

Lo dicho supone un rescate del sujeto en oposición a las posturas centradas en la idea de sistemas autorreferenciales, que, como en el caso de Luhmann, más allá de las intenciones, llevan a asumir posiciones teóricas puramente descriptivas casi sin posibilidad de reactivación por parte de los hombres y de los agrupamientos sociales, en la medida en que se disuelven en su propio aislamiento, dejando fuera del análisis, por irrelevante, a la dimensión antropológica.²⁰

En este sentido, no se puede olvidar que las clases sociales se mueven a través de sus miembros, aunque ocurre que la efectiva acción de clase se apoya en una masa actuante que no permite que el hombre de la clase reconozca su propio espacio de reactivación. De ahí que, sin negar el carácter de masa de los sujetos, tengamos que rescatar criterios que permitan, en el marco de lo colectivo, el reconocimiento del espacio desde donde se pueda reaccionar sobre el fenómeno macrosocial.

Desde esta perspectiva se puede considerar la posibilidad de recuperar la noción de sujeto comunitario siempre que se limpie de los sesgos propios de la antropología, en cuanto esta concibe a la comunidad como una estructura social acabada, en vez de definirla como un recorte de realidad en el que las relaciones



20 Cf. Ignacio Izuzquiza. *La sociedad sin hombres. Niklas Luhmann o la teoría como escándalo*, Barcelona, Anthropos, 1990.

micro-macrosociales se pueden reconstruir con mayor facilidad partiendo de las propias prácticas sociales.

La comunidad se transforma de estructura social en un espacio delimitado en cuyo interior se puede observar, tanto el proceso de creación de instancias de decisión para determinar alternativas de acción, como la capacidad para desplegar prácticas; pero, además, donde se pueden rastrear los vínculos con otros espacios de mayores dimensiones y el modo de articulación entre estos espacios, los que, en su conjugación más compleja, permiten llegar a reconstruir el nivel macrosocial de la sociedad nacional.

Implicaciones metodológicas

El esfuerzo por rescatar el papel del hombre-sujeto consciente en el desenvolvimiento de la sociedad no puede desgajarse por entender a esta en movimiento. Al hombre solo se le rescata como sujeto actuante y protagonista cuando está inmerso en el curso general de los acontecimientos; por lo que es necesario desarrollar una metodología que destaque los procesos microsociales de constitución, donde la acción de los hombres es esencial,²¹ sobre lo que está cristalizado en la historia.

Sin embargo, cuando se trata de representar conceptualmente la realidad, se tropieza con obstáculos, en cuanto a aprehender el movimiento de la realidad, especialmente las relaciones entre los micro y macrodinamismos. Se plantea con urgencia la necesidad de armar un sistema de información que sea congruente con esta exigencia.

En general, las representaciones que se hacen de la realidad obedecen a un sistema de información basado en la lógica de metas y condiciones necesarias para su logro; esto es, información sobre datos que permitan reconstruir la viabilidad de un fin determinado, pero que hagan posible definir cuáles son las alternativas de fines viables. No queremos con ello decir que la información corriente que se contenga en un sistema no permita fijar metas, sino, más bien, que no surge con claridad el campo de alternativas, que es una determinación cualitativa antes que una mera inferencia a partir de ciertos datos disponibles. Lo dicho se relaciona con la idea de una visión coherente pero abierta sobre la realidad.

En efecto, debe buscarse un sistema de observables que, siendo delimitados, no respondan estrictamente a una derivación teórica, en oposición a la idea clásica de indicadores que se apoya, explícita o implícitamente, en determinados supuestos teóricos. Los indicadores de desarrollo, aunque de manera particular los



21 Se está elaborando, en este sentido, una propuesta metodológica sobre la subjetividad social constituyente.

de crecimiento económico, se refieren a fenómenos particulares que pueden ser el resultado (por ejemplo, ingreso nacional) de una serie de condiciones: o bien ser las condiciones (por ejemplo, inversión) que permitan el logro de ciertos fines.

La relación que se establece entre los procesos es teórica porque refleja un modelo de la realidad. Esta perspectiva impide un razonamiento articulado sobre la realidad como totalidad que no se reduce a relaciones teóricas. La diferencia entre un enfoque teórico y otro reside en que el primero requiere de un listado de procesos previamente definidos, en tanto que el segundo, solamente de ciertos universos de observación en cuyo interior se puedan determinar distintos fenómenos o procesos específicos. Al primer enfoque lo denominaremos normativo; al segundo, procesual.

El enfoque procesual de la estructura del sistema de información armoniza mejor con el rescate del sujeto consciente para el análisis y la comprensión de los procesos sociales, por cuanto el hombre, en tanto sujeto constructor de realidad, se plantea a esta como un productor. Productor que requiere de indicadores que den cuenta del modo en que diferentes esferas de lo real pueden llegar a articularse en su praxis; lo que, por consiguiente, obliga a considerar a los contextos que especifiquen históricamente lo puramente normativo.

Lo normativo se opone a lo posible ya que, mientras aquel se restringe a dar cuenta de si se progresa o no en el logro de determinadas metas, lo posible atiende a la potencialidad que se contiene en una situación dada. El sentido de lo normativo es poder reflejar la adecuación entre medios y fines, mientras que lo posible se orienta a definir el margen de alternativas viables.

Se hace necesario distinguir entre lo que se quiere como opciones (fines normativos) y lo que es posible. Para ello se tiene que distinguir entre niveles de análisis que, en general, se confunden. El campo de lo que se quiere corresponde al diagnóstico normativo, que, por medio de un sistema apropiado de información enseña si se progresa o no en la consecución de lo deseable. Corresponde a la lógica de los fines, que es la dominante en el razonamiento económico. En un terreno teórico de lectura responde a la idea de proyectar indicadores normativos, en particular de naturaleza cuantitativa, según distintos parámetros de tiempo y espacio. Sin embargo, la definición de fines necesita el reconocimiento de lo que es objetivamente posible, que no requiere de indicadores normativos porque de lo que se trata en este caso es de encontrar señales de lo que se contiene como potencialidad en una situación dada, según diferentes parámetros de tiempo y de espacio, en vez de efectuar proyecciones. La potencialidad cumple la función de delimitar, entre todas las alternativas posibles, aquella que resulte viable.

Los indicadores normativos son superimpuestos por las agencias públicas de desarrollo, representan la operacionalidad de un conjunto de conceptos y de proposiciones teóricas derivables de alguna teoría del desarrollo. Los indicadores de proceso, en cambio, se relacionan con el desenvolvimiento de la ca-



pacidad de visión de lo real, y, por lo mismo, con la conciencia crítica de los sujetos sociales, pues conducen al análisis de una situación concreta en función de la definición de políticas alternativas.²²

Hugo Zemelman Merino

Magíster en Sociología. Especialista en Sociología Rural y Licenciado en Derecho. Fundador, presidente y director del Instituto Pensamiento y Cultura en América Latina – IPECAL.



22 Para una exploración de lo expresado en el plano de los indicadores, cf. Crítica epistemológica de los indicadores, México. El Colegio de México (Jornadas, núm.114), 1989.



BIBLIOTECA LATINOAMERICANA
DE SUBJETIVIDADES POLÍTICAS

Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos

La presente compilación nos habla del discurrir de las subjetividades por diferentes lugares, en distintas circunstancias, con las más variadas pretensiones: las ubica en los movimientos sociales urbanos, en las reivindicaciones del feminismo, en las afirmaciones políticas de los jóvenes, en el campo de las resistencias sociales, en las luchas por la memoria como deber de justicia y como construcción de cultura política, en la configuración del docente y del saber escolar, en los escenarios laberínticos de la institucionalidad y en el campo de la investigación social. Sin duda, es un recorrido que deja claro un espectro de sitios epistemológicos, teóricos y metodológicos para entender las subjetividades así como de experiencias concretas donde estas resultan determinantes para distintos procesos de reinención de lo social.



ISBN: 978-958-20-1079-9



9 789582 010799

Jairo Gómez Esteban: Doctor en Educación. Profesor-Investigador Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá, Colombia.

Martha Cecilia Herrera Cortés: Doctora en Filosofía e Historia de la Educación. Profesora-Investigadora. Doctorado en Educación Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, Colombia.

María Cristina Martínez Pineda: Doctora en Filosofía y Ciencias de la Educación. Profesora-Investigadora. Maestría en Educación, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, Colombia.

Juliana Cubides Martínez: Magister en Sociología. Coordinadora General Observatorio de Juventud, Universidad Nacional, Bogotá, Colombia.

Andrea Bonvillani: Doctora en Psicología. Postdoctorado en Psicología. Coordinadora Académica Maestría en Intervención e Investigación Psicosocial. Investigadora Facultad de Psicología, Universidad de Córdoba, Argentina.

Sara Victoria Alvarado: Doctora en Educación. Co-Coordinadora del Grupo de Trabajo CLACSO Juventud y Nuevas Prácticas Políticas en América Latina. Directora Doctorado en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, Universidad de Manizales-Cinde, Colombia.

Hugo Zemelman Merino: Investigador Social. Profesor invitado en universidades de Latinoamérica y España. Fundador y Presidente del Instituto de Pensamiento y Cultura en América Latina, México.

